



Museo del Luxemburgo

Barrera de Dalbi

CUADRO DE SALMONSON

Juventud Ilustrada saluda cariñosamente á la prensa española en general, y en particular á los periódicos profesionales, cuya labor educativa viene á compartir, si con escasas fuerzas, con una voluntad gigante.

LA REDACCIÓN

Nuestro propósito

«Para enseñar á los hombres, basta ser un hombre; para educar al niño, es menester ser sabio.» Esto ha dicho una lumbrera de la ciencia, y en verdad que nada hay tan meritorio, tan grande, tan sagrado como continuar la obra de la Providencia en la fecunda y humanitaria labor de formar el corazón de las nuevas sociedades, en esa edad en que la mente del niño es como blanda cera que refiene las huellas, las imágenes que en él se imprimen.

¡Maestro! ¡Qué nombre tan grande!

Maestros fueron Aristóteles y santo Tomás, Pitágoras y Euclides. Maestros fueron La-Bruyère y Cervantes, en su más elevada expresión, pues educan el alma al par de la inteligencia.

Maestros son esos millares de hombres dignos, mártires del deber, esparcidos por nuestras escuelas rurales, y base de la manera de ser de la generación futura.

Hombres que, bajo la nieve de las canas, conservan aún el fuego de la juventud y abrazan con entusiasmo el sabio apotegma: «La sociedad se regenera con catecismo y buena educación».

Ellos, como el poeta Coppée ante una estatua de Eugenio Delaplanche, exclaman á la vista de sus alumnos:

*Esos niños inocentes
son el pueblo de mañana,*

y dedican sus afanes, sus aptitudes, sus energías todas, á la misión santa que abrazaron como un verdadero culto.

Y ese culto, esa misión es tan compleja y tan delicada, que la sociedad actual apenas si la aprecia en su justo valor, con todo y hacerla objeto preferente de múltiples atenciones.

Porque la misión educativa no tiene límites; es de cada día, de cada momento; siempre en acción; aprovechando los incidentes todos, aun los más fútiles, para deducir de ellos sabias enseñanzas; corrigiendo los pequeños defectos que mañana pueden ser faltas graves y más tarde crímenes tal vez, no con el castigo duro é implacable, sino por el sentimiento, por la suave enseñanza del deber moral, principio de todos los deberes.

Y coadyuvar á esa obra pretendemos nosotros en las páginas de JUVENTUD ILUSTRADA, cooperando en la labor del maestro; difundiendo entre los niños nociones de todos y cada uno de los conocimientos humanos, poniendo al alcance de sus tiernas inteligencias los más complejos problemas científicos, procurando encauzar el germen volitivo con imágenes que hablen á su espíritu, pues de ese principio depende en gran parte su futura perfección.

JUVENTUD ILUSTRADA, siguiendo los principios sentados por Fröbel y otros grandes pedagogos, en los procedimientos de la escuela moderna, es la primera revista de España que publica páginas de música escrita expreso para la niñez, en cuya sección daremos trozos inéditos de los mejores músicos españoles.

Que nuestro semanario sea una verdadera enciclopedia de conocimientos humanos al alcance de los niños, aportando con ello nuestro grano de arena á la enseñanza y á la educación de la juventud, es nuestro objeto. Préstennos su valioso concurso los señores profesores de enseñanza, á quienes ofrecemos nuestras columnas por si se dignan honrarnos con su colaboración, y permítansenos dedicar nuestro pequeño esfuerzo á la altruista labor de enseñar deleitando; de traducir en hechos el precepto horaciano: *Utile et dulci*.

Advertencias

JUVENTUD ILUSTRADA, que consta de veinte páginas, y regala además en cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, se publica los sábados, y se vende en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos de España, siendo su precio

20 céntimos número suelto, corriente ó atrasado

y por subscripción, en toda España, *Pesetas 2'50 trimestre (13 números) servido á domicilio.*

Portugal y Gibraltár, 3 pesetas trimestre. En los demás países, 4 francos trimestre, pudiendo hacerse el pago en letra ó cheque á la orden de don Antonio Virgili, S. en C., en valores declarados ó sobre-monedero.

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de los que se reciban.

⇒JUVENTUD ILUSTRADA admite colaboración, pero abona sólo los trabajos artísticos ó literarios que expresamente solicita.

⇒Queda prohibida la reproducción de los trabajos artísticos y literarios que publique JUVENTUD ILUSTRADA, sin autorización de la empresa editora.

⇒JUVENTUD ILUSTRADA adjudica en sus concursos de ingenio **50 magníficos y positivos premios** á sus lectores, y desde el próximo número regalará mensualmente

QUINIENTAS PESETAS en metálico á los favorecidos por la suerte.

REVISTA SEMANAL
REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
É IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA

Nuestros estudiantes

SEGUROS de que ha de servir de noble estímulo á nuestros pequeños intelectuales, y como premio debido á cuantos con su aplicación han logrado colocarse en primer lugar en nuestros centros de enseñanza, daremos en las páginas de la REVISTA los retratos de los alumnos más

Primeros premios y matrículas de honor

notables con que cuentan los establecimientos docentes de todas las provincias de España.

Si logramos despertar la emulación en los que han de ser los hombres de mañana y coadyuvar á su adelantamiento, habremos logrado nuestro propósito en bien de la cultura nacional.



José Ristol
Luis Errasti

Amador García

Pío Anfrés Alsina
José Torrens Font

SEÑORITAS QUE HAN OBTENIDO NOTA DE SOBRESALIENTE
 en los últimos exámenes de la Escuela Normal de Maestras de Barcelona



ALUMNOS QUE HAN OBTENIDO MATRÍCULAS DE HONOR
 en el último curso del Instituto Provincial de Barcelona
 PERTENECIENTES AL COLEGIO
 LICEO POLIGLOTA



Maria Soler Mas
 Concepción Fernando Auscre
 Paula Roig Turú
 Miguel Fargas Raimat

Isabel Badia Herrero
 Emilia Fernando Ausere
 Antido Layret Foix

Maria Soler Casellas
 Modesta Billebó Prats
 Consuelo Pastor Martinez
 Manuel Dalmau Matas
 José Campí Nicolau

El telégrafo sin hilos

PERO papá, ¿cómo has sabido que tío Enrique llega de Buenos Aires dentro de cinco días? ¿cómo ha podido escribirte desde alta mar?

—Por telégrafo, hijo mío.

—¿Por telégrafo... desde el buque...? Habrá hecho escala en algún puerto, y desde allí...

—¡No, hijo, no!... Desde el mismo buque en que hace la travesía, porque tú ignoras seguramente que ya no hacen falta los alambres metálicos que unen dos estaciones telegráficas para comunicar entre puntos muy distantes, desde que Marconi dió forma á la telegrafía sin hilos.

—¿Sin hilos?... ¿sin comunicación material, papá?

—Como lo oyes; y esta es la última manifestación del ingenio humano, que marcha al compás de la carrera que sigue cada época, y la nuestra es en todo vertiginosa. En los primitivos tiempos, en que el hombre vivía en continua guerra, se valía de hogueras, que encendía en los picachos de los cerros, para comunicar rápidamente las órdenes urgentes. Más tarde, y á medida que la civilización fué avanzando, Chappe inventó el telégrafo llamado de T, que se perfeccionó después, y que aún se usa en algunos puertos de mar para dar aviso de las embarcaciones que se aproximan. Estos aparatos se colocaban en sitio elevado y á la vista unos de otros, y se hablaba por medio de la disposición y juego de los palitroques, pero era muy limitada la clave convenida entre ellos. Más tarde, y cuando Volta construyó en 1790 su pila eléctrica, valiéndose del flúido descubierto por Galvani en 1789, los sabios de todas las naciones intentaron aplicar el flúido eléctrico á la telegrafía. Y en esto, como en otras muchas cosas, nos cabe á los españoles la gloria de haber sido los primeros en descubrirlas, aunque no en implantarlas.

—¿A los españoles? ¿Fué acaso español el inventor del telégrafo?

—Sí, hijo mío; porque en 1795 el catalán don Francisco Salvá y Campillo construyó un aparato de su invención, que hizo funcionar con éxito maravilloso ante sus majestades Carlos IV y María Luisa; y sin las continuas revueltas que se sucedían en España y la situación política de Europa, que impedían fijar atención preferente en los problemas científicos, hubiérase gozado de las ventajas de la telegrafía eléctrica cincuenta años antes de la época en que se descubrió oficialmente.

—¡Qué lástima! ¿Y otra nación se llevó

la gloria que legítimamente nos correspondía?

—Sí, hijo; como sucede ahora con el telégrafo sin hilos, que, como puede verse en las *Memorias* completas de Salvá, que existen en la Academia de Ciencias de Barcelona, también la inventó el mismo en 1795, y un siglo más tarde nos lo venden como novísimo adelanto los sabios extranjeros.

—Pero no comprendo yo eso, papá. Bueno que en la telegrafía á que Morse ha dado su nombre pase la corriente por los alambres, y que los golpecitos que da el macito haciendo contacto, vibren y repercutan á muchos kilómetros de distancia; al fin son dos alambres más ó menos largos en contacto uno con otro; ¡pero sin hilo ninguno...!

—Sin hilo ninguno. Y voy á intentar ponerlo á tu alcance. Óyeme. ¿Te has fijado alguna vez en los círculos que forma la superficie de un lago cuando dejas caer en él una piedra?

—Sí: que se van agrandando, agrandando...

—Pues esos círculos, esas ondas, que Hertz descubrió en el aire, producen en éste el mismo efecto que la piedra en la superficie del lago. Ahora bien: si colocamos dos esferas de cobre á poca distancia una de otra, estableciendo entre las dos diferente potencial que vaya creciendo gradualmente, llega un momento en que el condensador formado por los dos conductores se descarga sobre sí mismo, y entonces se produce una chispa entre las dos esferas.

—¿Pero esas chispas serán siempre iguales en intensidad?

—No. La descarga afecta diferentes caracteres, según las dimensiones de los conductores empleados. Más claro: en lugar de producirse la chispa en un solo tiempo de una á otra esfera, lo que semejaría el rayo, el movimiento eléctrico que constituye la descarga produce un vaivén entre las dos esferas, algo así como el movimiento impreso á una larga y delgada varilla de acero á que se da impulso. Entonces se dice que la descarga del condensador es oscilante, y ha demostrado Hertz que bastaba para mantener esa necesaria oscilación atar los dos conductores que constituyen el condensador á los dos polos de una bobina Runkorff. El aparato es entonces el sitio á que van á parar las oscilaciones que se producen al rededor.

—Y dime, papá: ¿cómo esas ondas atmosféricas, que forman la base del sistema eléctrico de telegrafía sin hilos, van á encontrar el aparato receptor y le comunican los movimientos impresos por el primero, ó sea el que expide el

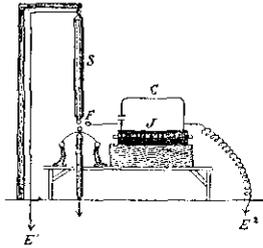
parte? ¿No se interpone en su camino algo que pueda impedir el que la onda circule?

—No, hijo mío: porque para eso se colocan postes y varillas metálicas de 30 á 50 metros de altura; aun cuando hay quien dice que esa interposición no es obstáculo, por cuanto la onda atmosférica sigue su camino por encima ó por los lados de él.

—¿Y llevan aparatos de esta clase los buques, papá?

—Sí, hijo mío, los llevan ya algunos de ellos. Por eso tu tío Enrique ha podido avisarnos en plena mar su próxima llegada. Y para que comprendas mejor lo que te estoy diciendo, voy á dibujarte uno de los aparatos de esa clase:

Empecemos por el *transmisor*. ¿Ves la línea vertical señalada con E'? Pues es una varilla metálica cuyo extremo inferior va al polo tierra. El condensador C está cargado de electricidad á alta tensión por la bobina de inducción J, la cual se descarga por un lado por la chispa F y por el otro en el extremo de otro alambre E², que va á tierra. Los conductores están montados sobre la misma bobina, de tal suerte, que el polo de ésta y el del condensador no puedan tener contacto. La especie de tubo S es el hilo aéreo.



Transmisor

El otro grabado es el *receptor*, cuyo hilo aéreo es igual al del *transmisor*.—F es el cohesor; R un *relai* Morse y B una batería de pilas eléctricas.—De este modo y por medio de las ondas atmosféricas, los movimientos ó oscilaciones que se imprimen al transmisor van, á través del espacio, á herir el hilo del receptor colocado en la estación á que se transmite y

esas ondas producen en el aparato una serie de descargas ó chispas iguales á las impresas en el primero.

—Y dime, papá: ¿no recibirán otros aparatos colocados en estaciones intermedias las comunicaciones que se dirijan á otra estación más distante?

—Precisamente, esa duda que se te ocurre y ese inconveniente es el que tratan de salvar los que de la nueva telegrafía se ocupan, y no dudo que el problema se resolverá satisfactoriamente.

—Y en tierra, ¿también se necesitan postes y varillas de hierro de gran elevación?

—¡Ya lo creo! Como que por ahora es ese el único medio para que las ondas atmosféricas puedan recogerse. Hasta en la guerra se ha aplicado ya la telegrafía sin hilos, elevando los alambres transmisores por medio de pe-

queños globos llenos de oxígeno, que producen el mismo efecto que los postes. Y lo admirable de este descubrimiento es que se aplica ya á la fonografía y que puede hablarse á muchos kilómetros de distancia.

—¡Qué admirable es todo esto!

—Y tanto, hijo mío, que no es fácil predecir los sistemas de comunicación que usarán nuestros nietos, cuando á principios del siglo XX hemos llegado á cuanto la imaginación humana apenas podía concebir hace medio siglo. Pero dejemos por hoy la conferencia: otro día te hablaré de la navegación submarina, invención tan maravillosa como la de que hemos tratado.

A. PALAVICINI

Los extremos

PERO, Zenón, por Dios! ¡Que entre tú y los chicos vais á acabar con los muebles!

—¡Déjate de muebles, y déjanos á los chicos y á mí con nuestras aficiones! La patria necesita hombres fuertes... ¡Hércules... á ser posible! y nos estamos herculeizando.

—¡Lo que es ese dichoso Circol...

—No digas disparates. ¡Míftanos! Mira á Ma-

nolito con qué soltura se sube de un brinco al aparador... ¡aoupl!

El muchacho, á la voz de su padre, salta, y va á dar... de cabeza dentro de una sopera de china, que doña Reparada guarda para las solemnidades.

—Pero, ¡condenado! ¡maldito!... ¿no ves lo que has hecho?

—¡Déjale!. ¡No le pegues! Así se fortalece. Así no morirá físico.

—Pero Zenón, ¿qué tiene que ver la tisis con el chichón que el chico acaba de hacerse en la cabeza? ¿O es que tus hijos tienen el tórax en la sesera?

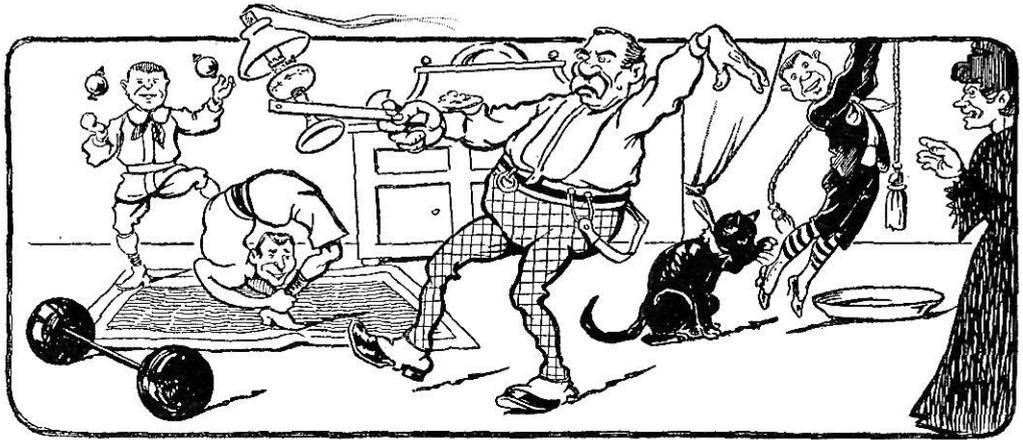
El muchacho berrea de lo lindo.

El borde de la sopera ha dejado en su frente una especie de cingulo color de fuego.

Le aplica su madre un papel de estraza con vinagre y sal, y al chico se le pasa el dolor, se-

Y el muchacho, que ni por soñación presume que su padre pueda ser un animal de bellotas ó un desequilibrado, se hace superior á los dolores físicos, restaña la sangre con unas páginas de la Geografía que ya para nada le sirve, y vuelta á empezar con la mojiganga.

Y en aquella casa ya no queda sano ni un sólo mueble, pues el tablero de la máquina de coser sirve de trampolín, los bolinches de las camas, de pelotas malabares y los *somiers*, de redes protectoras para el que trabaja en los



gún parece, pues vuelve á saltar á pies juntillas el barreño de la cocina, hasta que acaba por sentarse en él y hacerlo pedazos, en tanto que el papá rompe con estrépito el quinqué que se empeña en mantener en equilibrio sobre el borde de una regla plana de Fáber.

Dña Reparada tiene razón.

Desde que en mal hora se aficionó su marido en llevar á los chicos al Circo Ecuestre y tomó confianza con los clowns y los atletas de guardarropía, se le encasquetó á don Zenón que el proverbio *mens sana in corpore sano* es el único verdad entre todos los aforismos conocidos, y en aquella casa se han echado á un rincón los libros de estudio.

Ya no se conjugan verbos, ni se resuelven problemas aritméticos, ni se habla de otras ecuaciones que las que dicen relación con la fuerza bruta y la agilidad salvaje.

Se gasta en árnica lo que debiera gastarse en papel pautado, y aquellas criaturas se fortalecen á puros chichones.

Se cae uno de lo alto de un montón de sillas y se aplasta las narices:

—¡Eso no es nada! ¡Adelante!—dice don Zenón.—Los hombres han de ser valientes; ¡así te haces fuerte!

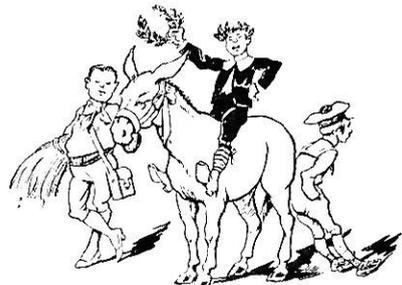
trapecios construidos con las barras de los portieres y los cordones de los alzapafios.

Y en tanto que en ellos se desarrolla la afición exportiva-vigorizante, los libros de estudio sirven para hacer pajaritas de papel y para que la criada encienda la estufa.

Después de todo es lógico que así suceda, porque en aquella casa, como en muchas, impearan los extremos, y aquellos chicos formarán parte de una generación de asnos.

Pero serán asnos fuertes.

Lo cual ya es algo, después de todo.



Ya que no den días de gloria á la patria, contribuirán al fomento de la agricultura, haciendo que la cebada suba de precio.

GESTARD DE LA TORRE

Por un beso

Os habéis fijado alguna vez en esos infelices niños del arroyo, descalzos, harapientos, desgreñados, sucios, con cara de hambre, feos en su mayoría, porque la miseria es enemiga de la hermosura y en la miseria viven? ¡Pobrecitos! Ellos no tienen como vosotros casa, pan, caricias, cuidados, comodidades, ni familia á veces, y si la tienen, es casi siempre para que los exploten...

Pues uno de esos niños era Periquín, el *golfillo* más *golfo* de cuantos recorrían las calles de Barcelona. Era listo, simpático, gracioso, alegre; tan alegre que se burlaba hasta de su propia desgracia, y cuando no tenía qué comer, lo cual le pasaba muchos días, mataba el hambre á carcajadas.

Durante algún tiempo, Periquín fué bueno; tan bueno, que sus amigotes le llamaban tonto y se reían de él; pero un día en que llevaba ya muchas horas sin haber comido ni un mendrugo de pan, un camarada suyo díjole:

—Si pasas hambre, es porque quieres. Mírame á mí. Es más productivo *tomar* que *pedir*, ¿entiendes?

Guiado por estos consejos, desde aquel día, sin dejar por ello de pedir limosna, Periquín robó siempre que pudo.

No le condenéis: compadecedle. Vosotros mismos, si no tuvierais padres, parientes y maestros cuidadosos que os advirtieran, quizá haríais muchas cosas malas; y el pobre Periquín no tenía quien le enseñase á distinguir lo malo de lo bueno. ¡Estaba solo en el mundo!

* * *

Pasado tiempo, y cuando era ya maestro consumado en lo de *limpiar* bolsillos ajenos, sacando de ellos con destreza pañuelos, monederos y cuanto encontraba á mano, hallábase nuestro *golfo* un día á la puerta de un templo, en el que se celebraba gran fiesta. La ocasión era propicia para *pedir* y para *tomar*..

Contra su costumbre, Periquín estaba triste.

A la fiesta asistían muchos niños, y al verlos llegar de la mano de sus madres, el pobre *golfillo* sentía una pena muy grande y muy honda, pensando que él no tenía una madre que le acariciase, que le quisiese, que le besara... No sabía lo que era un beso; ningunos labios se habían posado cariñosos en su rostro sucio, curtido por el sol, y habíase dicho más de una vez, con amarga envidia:

—¡Qué bueno debe de ser que á uno le besen!

Terminada la fiesta comenzó á salir la gente, y Periquín, dominado por su melancolía, no pensó siquiera en aprovechar la ocasión para ejercer su doble industria de pedir limosna y deslizar su mano en algún bolsillo. Decíase una y otra vez:

—¡Quién tuviese como esos niños, una madre que me quisiera y acariciara!

Porque vosotros que os dormís arrullados por los dulces besos de vuestras amantes mamás, y que al despertaros sonrientes sentís como saludo en los vuestros el dulce calor de otros labios, no sabéis, no podéis saber lo que vale un beso, lo que es para los niños una caricia; es como el sol para las flores, es como el rocío para las plantas, es algo halagador que llega al alma, sumiéndola en inefable éxtasis de bienestar y ternura...

Cuando ya en el templo quedaban pocos fieles, Periquín volvió en sí, exclamando:

—¡Pero qué tonto soy! ¡Fuera sensiblerías! Hay que aprovechar el tiempo.

Y se acercó á una señora que en aquel instante salía sola de la iglesia. La señora era de aspecto bondadoso, y parecía muy triste.

—¡Una limosnita por el amor de Dios!—suplicó el muchacho, tendiendo la mano.

La señora detúvose, miróle compasiva, sacó su monedero y de éste una pieza de diez céntimos, y se la dió, diciendo:

—Toma, hijo mío.

Los ojos de Periquín brillaron de codicia al fijarse en que el monedero era muy abultado; debía de contener mucho dinero.

—¡Dios se lo pague!—respondió.

Y mientras besaba la pieza que acababa de recibir, con la destreza que le era propia introdujo una mano en el bolsillo del vestido de la señora donde había vuelto á ser guardado el monedero, y se apoderó de éste.

Iba á alejarse corriendo con su presa, pero la señora le detuvo preguntándole afectuosa:

—¿Cómo te llamas?

—Pedro,—respondió él, ansioso de huir.

—¿Tienes padres?

—No, señora.

—¿Y familia?

—Tampoco.

—¿Estás solito en el mundo?

—¡Solo!

—¡Pobre!

Y la bondadosa dama, conmovida, llena de piedad, humedecidos los ojos por la compasión, inclinóse hacia él y le besó en la frente.

Periquín estremecióse al contacto de aquellos labios que le prodigaban la primera caricia que recibía en su vida. Sintió algo para él inexplicable, que, subiéndole del corazón, anudósele en la garganta... ¡Un beso! ¡Sabía ya lo que era

—¡Tome usted, señora! ¡Tome usted y perdoneme!... ¡No merezco su compasión!... Ha sido para mí tan buena que hasta me ha besado, y en cambio yo... ¡Pero le juro que no volveré á robar, para hacerme digno de la bondad de las almas compasivas!... ¡Gracias, señora, gracias! Su beso ha valido para mí más que todas las limosnas... ¡Dios se lo pague!

Y, levantándose, echó á correr presuroso, dejando á su bienhechora sorprendida y admirada.

Desde aquel día, Periquín no robó nunca más. Una sola caricia bastó para regenerarle, despertando en su alma el instinto del bien y el conocimiento del mal. Siguió viviendo sólo de limosna, y cuando estuvo en edad propia para ello, buscóse colocación y fué un trabajador digno y honrado.

¡Pobres niños los que en el arroyo viven, sin besos ni caricias que despierten en su corazón los buenos sentimientos! Cuando en vuestro camino los encontréis y la mano os tiendan, compadecedles, socorredles, y,

al mismo tiempo que una limosna de pan, dadles también una limosna de cariño, que con ello quizá salvéis su alma de los peligros de la desesperación que engendran la soledad y el abandono.

ANTONIO CONTRERAS



un beso! ¡Y la primera que se lo había prodigado, sin repugnancia de su suciedad y su miseria, era la misma á quien acababa de robar!... Experimentó remordimiento, confusión, vergüenza, y, dejándose caer de rodillas, devolvió el monedero, diciendo entre sollozos:

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: *Rosellón, 208, Barcelona.*

Un libro puede ser agradable con muchas imperfecciones y enojosísimo sin un solo defecto.—*O. Goldsmith.*

Yo juzgo del talento de un hombre por su modo de expresarse.—*Napoleón Bonaparte.*

Un enemigo es un preceptor que no nos cuesta nada.—*Plutarco.*

Himno

LA INSTRUCCIÓN

C. Sadurní

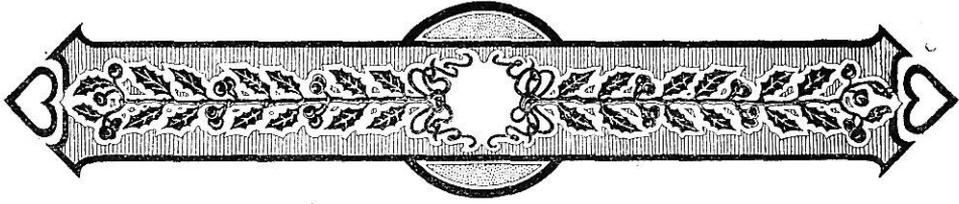
Coro (voces blancas)



Marchal

Acompañamiento
(Piano ó harmonio)





MIS PRISIONES



MEMORIAS DE SILVIO PELLICO



Silvio Pellico nació por los años 1789, en Saluzo, ciudad de Piamonte, donde su padre desempeñaba un empleo en la casa de postas.

Era aquél todavía niño cuando el señor Honorato Pellico empleó parte de su fortuna en fundar una hilandería en Piñeroles, primera prisión de la Máscara de Hierro, de aquel trágico personaje de los anales franceses.

Es de imaginar que más adelante, cuando en las largas noches de Spielberg evocaba Silvio la imagen de su feliz infancia, se le representase más de una vez el castillo de Piñeroles con su extraño prisionero.

¿Quién le hubiera dicho cuando escuchaba aquella misteriosa leyenda sobre las rodillas de su madre que debía él también un día ver sepultado su destino en los húmedos calabozos de una ciudadela, lejos de sus parientes, lejos de su patria, y bajo el frío y nebuloso cielo de la Moravia?

Como no floreciese la empresa del padre de Pellico, marchó

á Turín, donde fué nombrado jefe de división en el ministerio de la guerra. Silvio tenía entonces seis años, y siendo como se ve un niño, era ya poeta.

Compuso á aquella edad una tragedia cuyo asunto y personajes pertenecían al mundo de Ossian, que Macferston trajo un día de las montañas de Escocia.

Otros varios ensayos más ó menos felices, revelaron en la misma época, si no todavía el genio, por lo menos el instinto poético del joven Silvio.

A los diez y seis años seguía cultivando la misma inclinación.

Tenía una hermana melliza llamada Rosina, de hermosura angelical, y á quien desde su más tierna infancia profesaba aquella especie de amistad sincera, capaz de hacernos creer algunas veces que Dios ha puesto sólo un alma en dos gemelos.

Un primo de la señora de Pellico, establecido en Lyon, solicitó la mano de aquella beldad; púsose Rosina en camino acompañada de su hermano y de su madre, regresando solos estos dos últimos.

Esta fué una de las épocas más felices de la vida de Silvio. Al verse, mientras residió en Lyon, favorecido entre la más selecta sociedad y haciendo estudios enteramente franceses, parecía haberse olvidado de la Italia por la Francia, y de Alfieri por Racine, cuya inspiración se dejará ver más de una vez bajo su pluma.

Apareció en Milán un nuevo poema de Fóscolo, titulado *Los Sepulcros*.

Luis Pellico, que se hallaba en aquella ciudad, remitió á su hermano un ejemplar, para quien la lectura de aquella poesía fué el sonido de una trompa que la Italia agitaba, y que vino felizmente á arrancarle del letargo en que su espíritu yacía.

Inquieto, preocupado por lo que acaba de leer, trata de volver á la sociedad en cuya atmósfera se halla; pero ¡vanos esfuerzos! síguenle las preocupaciones cual inseparable sombra: parece buscar en todos los labios un acento desconocido, se imagina

leer el título *Los Sepulcros* sobre el dorso de todos los libros; no parece sino que acaba de notar por la vez primera que el idioma francés es áspero, y que carece su cielo de aquella transparente pureza que ostentan los horizontes de Italia.

El país, circundado de mares y Alpes, se apodera de todos sus pensamientos, invade toda su alma.

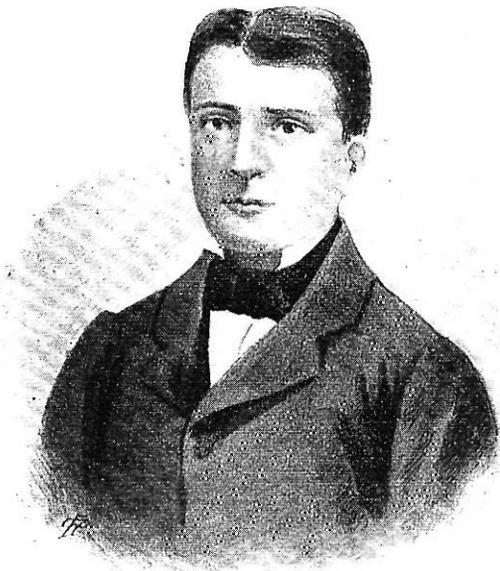
Admíranse sus amigos y le preguntan la causa de tan raro desvarío, de aquella tristeza nunca vista en él; y entonces con trémula voz les dice:

—Existe, más allá de los Alpes, un poeta cuyos versos causan el *mal del país*.

Quieren conocer al poeta, le preguntan su nombre, le obligan á traducir algunos versos, y entonces el joven Silvio abre el mágico libro, y con prosa viva, ardiente y colorida, improvisa un trozo del poema, inundando el alma de sus oyentes con el entusiasmo de que él mismo se hallaba poseído.

A pocos días ya marchaba por el camino de Italia.

Hemos buscado con suma atención en el poema de Fóscolo los versos que pudieron haber hecho renacer en Silvio aquel sentimiento de no estar en su patria, y parécenos haberlos hallado en el siguiente pasaje que procuramos traducir:



Silvio Pellico

«Las urnas cinerarias de los grandes hombres hacen más bella y santa á los ojos del viajero la tierra que los recibe.

»Cuando vi el monumento en que descansan los despojos de aquel genio que, sumergiéndolo de nuevo el cetro en manos de tiranos, deshoja los laureles que sus frentes ciñen, y descubren al mundo entero la sangre y lágrimas que vierte; cuando vi la tumba donde duerme aquel que elevó en Roma un nuevo Olimpo á la inmortalidad, donde reposa el que bajo el pabellón de los cielos vió circular tantos mundos, y el sol inmóvil inundarlos con su luz, te proclamé feliz ¡oh Florencia! feliz por tu aire embalsamado, donde se respira la vida, y por aquellas cristalinas aguas que de lo más elevado de su cumbre arroja sobre ti el Apenino.

»Suspendida en medio de tu cielo, reviste la luna con transparente luz tus colinas que la viña regocija; y tus campos, cubiertos de casas y olivares, despiden al cielo un perfume de mil flores.

»Tú fuiste la primera ¡oh Florencia! que oíste el canto que mitigó la cólera del fugitivo gibelino. A ti debió sus parientes y su armonioso lenguaje aquel hijo de Caliope, que deteniendo con casto velo al amor desnudo en Grecia y Roma, lo colocó en el seno de la Venus celeste.

»¡Afortunada Florencia, porque guardas depositadas en un templo las más nobles riquezas de la Italia, únicas acaso que te restan, desde que, mal defendidos los Alpes á las vicisitudes humanas, entregaron al extranjero tus armas, tu vida, tus altares, tu patria, en fin, todo menos la memoria de lo que fuiste!»

En la época en que llegó Silvio á Milán, era aquella ciudad la reunión de todo lo mejor de Italia, tanto en talentos distinguidos como en corazones generosos. Brillaban sobre todo dos poetas célebres que hoy ya no existen: Hugo Fóscolo y Vincenzo Monti.

Monti, talento fecundo y puro, cultivaba con elegancia las tradiciones de la antigüedad; admirable traductor de Homero, tenía nobleza en su estilo y melodía en su lenguaje. Era un verdadero talento literario, pues cambiaba con la mayor facilidad

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

CAPÍTULO I

INFORMACIÓN DEL CONSUL

HABÍA pasado una semana desde el entierro de mi pobre Enríquillo, y una tarde en que paseaba por mi cuarto dando vueltas á mi mágin, sentí que llamaban á la puerta. Bajé la escalera, abrí yo mismo y entraron mis antiguos amigos sir Enrique Curtis y el capitán de navío Juan Good. Pasaron al vestíbulo y se sentaron junto al amplio hogar.

—Sois muy bondadosos en haber venido, —dije por decir algo;—debe de haberos molestado mucho andar sobre la nieve.

Nada contestaron; pero sir Enrique llenó pausadamente su pipa y le prendió fuego con un ascua. Por mi parte, eché á la lumbre una brazada de ailagas, iluminando su llama toda la escena. A sus reflejos consideraba yo la gallardía de mi amigo Enrique. Rostro sereno, lleno de energía, facciones acentuadas, grandes ojos garzos, barba y cabello rubios; en suma, una magnífica muestra del más hermoso tipo varonil. Su cuerpo no desdecía de su cara. Jamás he visto hombros más anchos y pecho más saliente. La gordura de sir Enrique es tan proporcionada que, aunque su estatura pasa de los seis pies, no parece un hombre alto. Al mirarle, no pude menos de pensar en el curioso contraste que presentaba mi cuerpo amojamado con su hermosa presencia. Imaginaos un hombre pequeño, apergaminado, de sesenta y tres años de edad, de rostro amarillo, manos delgadas, grandes ojos negros, pelo entrecano muy corto, y que se sostiene como un arbusto despreciable medio consumido, pesando, junto con el vestido, seis arrobas, y os formaréis una idea exacta de mí, de Allan Quatermain, ó como le llaman los indígenas, *Macumazahai*, que significa el que ve durante la noche, ó en lenguaje vulgar, un compañero listo, que no se descuida.

Good no se parece á ninguno de nosotros; es pequeño, moreno, corpulento, muy corpulento, con ojos negros, brillantes, teniendo fijo perpetuamente sobre ellos un monóculo que le da aspecto de ciclope. He dicho que es corpulento, pero este epíteto es muy débil, pues de algunos años á esta parte el estómago de Good ha aumentado de un modo tan considerable que le da la ridícula apariencia de un tonel. Sir Enrique le dice que esto proviene de la pereza en que vive y de lo mucho que come; á

Good no le gusta oír eso, aunque sabe que es verdad.

Estuvimos sentados un gran rato y en silencio; después cogí un fósforo, encendí la lámpara, abrí un armario y saqué una botella de aguardiente. Me gusta hacer siempre estas cosas por mí mismo, pues me irrita tener continuamente á mi lado quien me sirva, como si fuese un nene de diez y ocho meses.

Todo este rato Curtis y Good habían estado en silencio, pensando, supongo, que nada de provecho tenían que decirme, y contentándose con darme el consuelo de su presencia y silenciosa simpatía; porque esta era su primera visita después de los funerales de mi hijo. Y en verdad que la presencia de otros es la que nos consuía en nuestras horas de dolor, y no su conversación, que sólo sirve para irritarnos. Antes de una fuerte tempestad los gamos se reúnen, pero no se llaman unos á otros.

Fumaban y bebían, y yo, de pie al lado del fuego, fumaba también y los miraba sin ver.

Por fin, rompí el silencio.

—Amigos míos,—les dije;—¿cuánto tiempo hace que volvimos de Kukuaneland?

—Tres años,—contestó Good.—¿Por qué lo preguntáis?

—Porque siento que ya he gozado bastante tiempo del encanto de la civilización. Vuelvo al desierto.

Sir Enrique apoyó su cabeza en el respaldo del sillón, y, soltando una de sus estridentes carcajadas, dijo:

—¿Qué extraño, eh, Good?

Good me miró misteriosamente al través de su monóculo y murmuró:

—Sí, extraño, muy extraño.

—Nada comprendo absolutamente de lo que queréis decir,—dije yo,—y ya sabéis que me disgustan los misterios.

—¿No comprendéis, viejo camarada?—dijo sir Enrique.—Entonces, yo os lo explicaré. Al venir aquí, Good y yo tuvimos una conversación.

—Si vinisteis juntos, probablemente la habréis tenido,—contesté yo sarcásticamente,—porque Good es de los que no se callan nunca. ¿Y sobre qué habéis conversado?

—¿A qué no lo adivináis?—me preguntó sir Enrique.

Yo moví la cabeza displicentemente.

No era probable que adivinase lo que Good había dicho. Habla de tantas cosas...

—Era acerca de un plan que he formado y que coincide con vuestra idea: que, si queréis, empaquetaremos nuestros efectos y emprendiremos juntos otra expedición al Africa.

Al oír estas palabras no pude contenerme.

—¿Iréis?—les dije.

—Sí, y también éste. ¿No es verdad, Good?

—Indudablemente,—contestó.

—Escuchad, camaradas,—continuó sir Enrique con extraordinaria animación.—Yo estoy ya cansado, muy cansado de no hacer más que

—Y ¿por qué no había de ir? No tengo mujer, padre, ni hijos que me detengan. Si desaparezco, la baronía pasará á mi hermano Jorge y á su hijo, como sucederá en último resultado si muero aquí. De nada sirvo, ni á nadie hago falta.

—¡Ah!—dije yo.—Ya sabía que más temprano ó más tarde tomaríais esta resolución. Y ahora, Good, ¿qué razón tenéis vos para querer hacer lo mismo, si es que tenéis alguna?

—Yo nunca hago las cosas sin razón,—con-



... era un hombre robusto, muy alto...

representar el papel de paseante en corte, en un país donde tanto abundan. Durante un año ó más he estado intranquilo como viejo elefante que presiente el peligro. He soñado en Kukuaneland, Gagool y en «Las Minas del Rey Salomón». Me fastidia la caza de perdices y faisanes, y necesito correr otra vez tras del gamo salvaje. Vosotros sabéis perfectamente que cuando se ha probado el aguardiente, la leche parece insípida al paladar, y, por lo mismo, comprenderéis mis sentimientos. El año que pasamos juntos en Kukuaneland vale por todos los de mi vida. Me parece que soy un necio al sentir estas penas, pero no puedo evitarlo; deseo ardientemente ir allá y, lo que es más, intento ir.

Se detuvo un poco y después prosiguió:

testó Good solemnemente;—la razón es que estoy engordando demasiado.

—Lo cual no deja de ser una razón de mucho peso,—dijo sir Enrique sonriendo.—Y ahora, Quatermain, decidnos: ¿á dónde os proponéis ir?

Antes de responder encendí mi pipa, y pregunté á mi vez:

—¿Habéis oído hablar del monte Kenia?

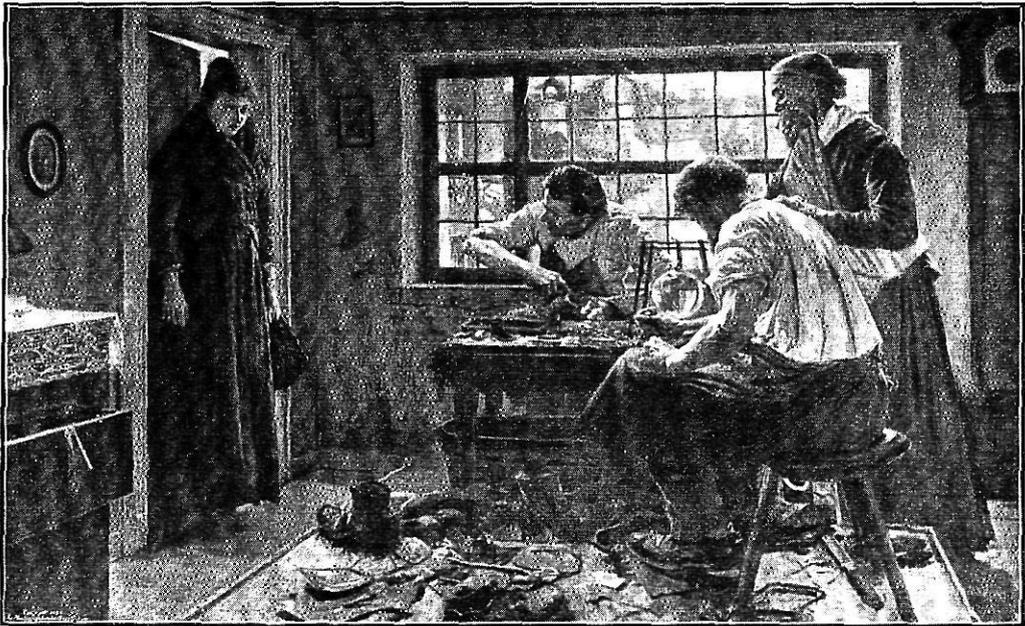
—No conozco ese lugar,—dijo Good.

—¿Y de la isla de Lamu?

—No... Pero... esperad: ¿no es un lugar que está cerca de 300 millas al norte de Zanzíbar?

—Sí. Escuchad ahora lo que propongo: Iremos á Lamu, de allí, haremos un viaje de 250 millas al monte Kenia; del monte Kenia al mon-

(Continuará)



JOYAS ARTÍSTICAS

— ¡Por fin has vuelto!..

Escuela alemana

Maravillas aritméticas

Hallar el interés diario de un capital al 4 por 100

EL interés es la ganancia ó beneficio que produce una cantidad determinada.

Es como si entregáramos á otro 100 pesetas, con la condición de que nos devolviera esas mismas 100 pesetas y 4 pesetas más por haber hecho uso de ese dinero, suponiendo que se las hubiésemos prestado al 4 por 100 de interés anual. Porque cuando se habla del interés ó ganancia que un capital produce, se entiende que el tiempo que sirve de base para la operación es un año.

¿Cómo hallaremos ese resultado sin recurrir á las operaciones aritméticas exigidas ordinariamente para hallar el interés de uno ó varios días y tratándose de una cantidad quebrada? Pues operaremos del siguiente modo:

Supongamos que hemos entregado 5,786 pesetas al 4 por 100 de interés anual, y queremos averiguar la ganancia que esa suma nos produce al día. Pues resolveremos el problema en un momento, añadiendo dos ceros á la derecha del capital 5786, ó sea á continuación de la cifra 6,

v. gr.: 578600

y procederemos después á la adición ó suma de las cifras del capital, empezando por la derecha y colocando la primera cifra del producto

debajo del primer cero y así sucesivamente hacia la izquierda; por ejemplo:

Diremos: Seis + ocho, catorce, + siete, veintiuno, + cinco = veintiséis; colocamos el 6 (producto de la primera adición) bajo el primer cero de la derecha, y diremos: seis + ocho, catorce, + siete, veintiuno, + cinco, veintiséis, y dos decenas que llevamos de la adición anterior, veintiocho, y colocaremos el 8 (producto de la segunda suma) debajo del segundo cero, y diremos: llevamos dos + seis, son ocho, + ocho, diez y seis, + siete, veintitrés, + cinco, veintiocho, y colocamos el 8 (producto de la tercera adición) debajo del seis; dos que llevamos y ocho, diez, + siete, diez y siete, + cinco, veintidós; por lo cual colocaremos el 2 debajo del ocho, y llevaremos dos, que, agregados al siete, son nueve, + cinco, catorce; ponemos entonces el 4 del producto debajo del siete, y como llevamos una, diremos: una + cinco, = 6, y colocaremos este número debajo del cinco.

578600
 | | | | |
 642886

Lo cual nos dará las dos cantidades que aparecen al margen.

Luego, y empezando por la derecha, separaremos por medio de una coma seis cifras del producto 642886, y esas seis cifras son los decimales. Si el resultado de la adición fuese menor de seis cifras, se le agregarán ceros á la izquierda hasta completar este número; á partir de las seis cifras indicadas, las que aparecen á la izquierda de la coma son enteros.

Así, pues, las 5,786 pesetas producen al día

0·642886

ó lo que es lo mismo: *sesenta y cuatro céntimos.*

Artes femeniles

Frutas y flores en cera

PARA la imitación en cera de las frutas naturales es sumamente fácil obtener moldes perfectos sirviéndose de la misma Naturaleza, usando para ello las frutas que se quieran reproducir.

Y ya es sabido que, con moldes perfectos, no hay labor de adorno más fácil de ejecutar.

Para ello debe procederse del siguiente modo, y sírvanos una naranja para la explicación del procedimiento:

En un tazón regular, cuyas paredes interiores deben aceitarse convenientemente, se vierte una cantidad prudencial de escayola muy

finamente tamizada, disuelta en agua y que haya adquirido la consistencia de una papilla regularmente espesa. Entonces se introduce, hasta la mitad, en la escayola así preparada, una naranja que se habrá bañado ligeramente en aceite fino, para que no se pegue el yeso á su corteza. Al poco rato la escayola se habrá endurecido, reproduciendo hasta las más pequeñas rugosidades de la corteza.

Para obtener el molde de la otra mitad, se da de aceite á los bordes de la escayola que cubre la porción ya moldeada, con objeto de que no se pegue á la escayola, bastante más espesa, que se echará por encima hasta que cubra la naranja completamente, con lo cual se logra un moldeado perfecto, pues una vez seca la pasta, el molde se divide sin esfuerzo en dos, teniendo cuidado de hacer una señal en la parte exterior del mismo antes de abrirlo para sacar la fruta, á fin de que después puedan juntarse las dos mitades por el mismo sitio.

Lo mismo se procede con las demás frutas y hortalizas que se quiera reproducir, con lo que se consigue desterrar los moldes de hierro que hasta ahora han venido usándose, los cuales, á más de ser carísimos, tenían el inconveniente de no poder variar el tamaño y la conformación de las frutas, lo que daba monotonía y uniformidad antiartística á los grupos.

En otro número explicaremos el vaciado en cera y la manera de dar el colorido.

Niños terribles

HAY papás severos, con la cara de cartón-piedra, que no tienen para sus hijos un gesto cariñoso; que no se rien nunca ni permiten que en su presencia se alce una voz más alta que otra; y hay padres débiles, de fisonomía dulce, que fraternizan con sus pequeñuelos y juegan con ellos al escondite y satisfacen todos sus caprichos y los llevan consigo á todas partes.

Yo creo que tanto se peca por punto de más como por punto de menos, y lo mismo censuro á los tiranos feroces que á los benévolos corrosivos. A esta última clase pertenece don Heliodoro, que es un padre de mantequilla de Soria por lo blando. Don Heliodoro tiene un hijo que atiende por Nicanor y hace todo cuanto le viene en ganas.

La mamá, más discreta que el esposo, suele decir á éste:

—Heliodoro, tú estás echando á perder al

niño; Heliodoro, esto no puede seguir así: Nicanorcito se va á hacer odioso por la mala educación que le das.

—No me vengas con sermones, Aquilina. Yo educo al chico como quiero,—contesta el padre.

—Pues le estás perjudicando.

Tiene razón doña Aquilina. Nicanorcito llega á hacerse aborrecible á todo el mundo, porque no respeta á nadie, ni hay paciencia que lo resista. Yo fui á ver á don Heliodoro días pasados para un asunto de interés.

—Adelante,—dijo el papá saliendo á mi encuentro.—Pase usted á mi despacho.

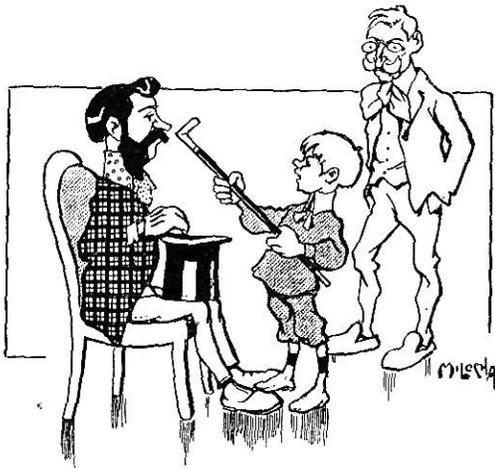
Lo primero que hizo Nicanor al verme fue apoderarse de mi bastón y echar á correr pasillo adelante repartiendo palos á diestro y siniestro.

—¡Cosas de la edad!—exclamó don Heliodoro.—Entre usted aquí y siéntese. Vaya, vaya.

¿Y á qué debo la honra de verle á usted en este humilde domicilio?

—Pues venía á hablarle de un asunto...

No pude continuar, porque el chico penetró



en el despacho haciendo cabalgadura de mi bastón, y, dirigiéndose al padre, que había tomado asiento, le dijo:

—Dile á este señor que se vaya, porque es hora de almorzar.

Al oír esto quise levantarme, pero don Heliodoro me contuvo exclamando:

—No se vaya usted; no le haga usted caso.

Pero el chico insistió diciendo que él tenía mucha hambre y que yo era muy feo.

—Vamos, Nicanorcín, déjanos solos y vete á jugar,—suplicó el padre.

—¡No quiero!—gritó el muchacho.

Y se le subió á las rodillas poniéndole la mano en la boca para que no siguiera hablándome. Después, de un salto, vino á colocarse delante de mí y comenzó á hacerme muecas. Cada vez que yo trataba de hablar, el chico se ponía furioso tratando de meterme el puño del bastón por las ventanas de mi nariz.

—Niño, no molestes á este caballero,—decía el papá con cierta dulzura; pero él seguía haciendo toda clase de atrocidades hasta que, viendo la inutilidad de mis esfuerzos, tomé la puerta y dije á don Heliodoro:

—Ea, yo me voy; ya escribiré á usted sobre el asunto que aquí me trae. ¡Abur!

—Pero, siga usted hablando.

—No, no; que se enfada el niño. ¡Dios se lo conserve á usted muchos años!

Don Heliodoro llega á inspirar horror donde quiera que va, porque nunca se separa de su retoño, y lo mismo asiste con él á la iglesia,

que á las visitas, que á las juntas del partido. Ahora don Heliodoro acaba de salir concejal, y cuando fué á tomar posesión llevó también consigo al muchacho.

—No extrañen ustedes que me traiga al chico,—decía á los demás señores de la corporación municipal.—Está tan encariñado conmigo, que no quiere quedarse en casa.

Mientras los señores del Concejo celebraban sesión pública presidida por el gobernador, Nicanorcito se había subido á una mesa y se entretenía jugando con unos expedientes de propios. Después se dirigió á los maceros, que estaban desempeñando su importante misión á ambos lados de la mesa presidencial, y comenzó á tirarles de la dalmática.

Uno de los ediles se dirigió á la presidencia diciendo:

—¡Pido la palabra!

—¿Para qué?—preguntó el gobernador.

—Para que sea retirado ese niño.

—¡Protesto!—gritó don Heliodoro, levantándose.—Ese niño pertenece á esta corporación moralmente, pues es hijo del que tiene el honor de dirigiros la palabra.

Hubo las correspondientes protestas y faltó poco para que no le diesen al padre un voto de censura.

Llega á tal punto el horror que produce el



muchacho, que más de una vez ha ido don Heliodoro á visitar á un amigo y se encontró con que le cerraban la puerta.

—¿Vienes solo?—le preguntaron por el ventanillo.

—No, vengo con Nicanorcín,—contestó él.

—Pues, no te abro,—replicó el otro dándole con la puerta en las narices.

LUIS TABOADA

Si estudiamos con atención, queridos lectores, la distancia que media entre los primitivos signos de que se valió el hombre para fijar y transmitir gráficamente sus ideas y las materias de que para ello se sirvió, y los comparáis con el libro en que aprendéis vuestras lecciones ó con el periódico en que adquirís el conocimiento de cuanto ocurre en el mundo, os convenceréis de las maravillosas transformaciones que ha sufrido el arte de la escritura hasta alcanzar el grado de perfección en que hoy se encuentra, ya que la imprenta no es otra cosa que el arte de escribir mecánicamente.

Dios concedió al hombre la facultad de emitir sus ideas por medio de los sonidos articulados que llamamos *palabras*; pero bien pronto el lenguaje no pudo satisfacer sus exigencias.

Necesitó de otros signos que no desapareciesen en el instante mismo en que se formaban, y pensó en inventar la escritura, que es tanto como un sexto sentido; un lenguaje aun más prodigioso que el habla, porque á la par que se hace oír, nos enseña á través de los muros y de las distancias; á través de los siglos y de las generaciones.

No muere la escritura como desaparecen los sonidos de la voz, y es un maestro dispuesto siempre á responder á nuestras preguntas, á enseñarnos é instruirnos. Es la llave de las ciencias, de las artes, de todos los conocimientos humanos.

¿Qué fuera de la Historia sin la escritura? ¿qué fuera de la Humanidad?

¿Sería posible retener en la memoria cuanto leéis, cuanto estudiáis, si esas enseñanzas os fueran transmitidas solamente de palabra?

Imaginaos, pues, por un momento los titánicos esfuerzos de las primeras generaciones después de haber inventado el lenguaje, para hallar la manera de fijar sus ideas y transmitir las á los ausentes y más tarde á la posteridad, y comparadlos con el estado actual de cosas.

Aquellos pueblos sentían esa necesidad, y cada uno usaba procedimientos distintos; y en vez del satinado papel en que ahora escribís y conserváis vuestras impresiones y vuestros apuntes de estudio, se servían de los peñascos, de las hojas de los árboles, de la arena y de trozos de barro, utilizando como plumas las piedras delgadas y puntiagudas.

Los hebreos escribieron en hojas de malva, en tablas de piedra y hasta en piedras preciosas.

Los griegos escribieron con punteros de hierro en las hojas de los sauces.

Los brahmanes de la India, en tela, pintando los caracteres.

Los monumentos públicos se escribían en volúmenes de plomo, en tablas encerradas y en lienzo, y se registraban en láminas de metal y en columnas de piedra. Así escribieron Grecia y Roma las memorias más dignas de su república.

Los chinos de los primitivos tiempos usaban un conjunto de cuerdas con cierto número de nudos cada una, y las combinaciones que formaban, trezándolas, les servían para comunicarse sus pensamientos.

Otros pueblos escribían los jeroglíficos, que constituía la primitiva escritura, en las pieles de los pescados, las conchas de las tortugas, las cortezas de los árboles y en las hojas de la caña llamada *papyrus*.

¿Seríais capaces de imitar hoy al filósofo Cleantes, que escribió en unas tejas las lecciones de su maestro?

Pues con tan burdos procedimientos llegamos hasta los romanos, que escribían sobre tablitas de marfil y en hojas secas de grandes dimensiones, las cuales, juntando unas con otras, formaron los primeros libros, llamados así porque en latín se dice *liber* y en griego *bibli*, de donde vienen los nombres de *librería* y *biblioteca*.

Las tablitas con una capita de cera sobre las que se escribía con un punzón, llamadas *dipticas* ó *pollpticas*, según el mayor ó menor número de sus hojas, subsistieron hasta el siglo XIV.

Al *papiro*, que se importaba de Egipto, donde únicamente se conocía el secreto de su fabricación, acompañó el pergamino, inventado por Eumenes II, rey de Pérgamo, cuando Tolomeo I, celoso de que en aquella ciudad del Asia se fundaba una biblioteca capaz de competir con la que él fundara en Alejandría, prohibió que se extrajera de Egipto el *papiro* de que hasta entonces se servieran los de Pérgamo, y éstos, como he dicho, inventaron el arte de curtir finamente las pieles, y desde entonces se usó con preferencia al toscó papel que se fabricaba, empleándose aún hoy el pergamino para ciertos documentos, diplomas, ejecutorias de nobleza, etc. En el siglo IX se introdujo el papel fabricado con algodón.

Y ya que de la escritura en pergamino hablamos, bueno será que sepáis que los que tienen preparación sólo por una cara son los más antiguos. La blancura de la preparación y la finura de la piel indican que son posteriores al siglo XII.

Los que están preparados por ambas caras apenas si tienen cuatro siglos de antigüedad.

Los pergaminos teñidos en color violeta, azul ó encarnado, son anteriores al siglo X.

Finalmente, sabed que las plumas de ave se usaron para la escritura á principios del siglo VII.

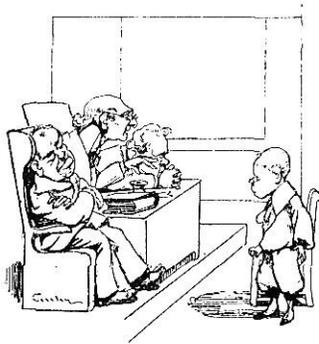
Pues bien; hasta el año 1442, en que Gutenberg inventó en Magancia el arte de imprimir, se propagaban los libros por medio de la escritura á mano, y en cada nación ascendían á muchos millares los individuos que se dedica-

ban á la copia de los manuscritos más en armonía con la constitución y manera de ser de cada una de ellas. El procedimiento era costosísimo, y sólo á las clases pudientes llegaban los rayos de aquella ilustración naciente, que alcanzó un inmenso desarrollo con el invento del sabio de Magancia.

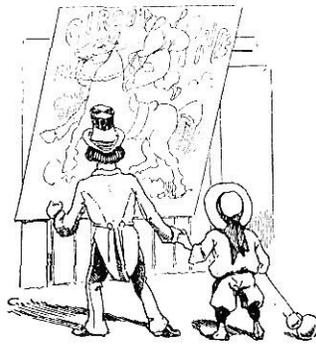
Y llegamos á Octubre del año 1474, en que se publicó en Valencia el primer libro, *Obres e Troles en lahors de la Verge Maria*, por el impresor Lamberto Palmart, y en Barcelona, también en Octubre de 1478, se publicó el primer libro impreso por Pedro Brun y Spindeler, por más que algunos bibliófilos aseguran, no sabemos con qué fundamento, que en 1468, Juan Gherling, impresor de Barcelona, imprimió una llamada *Gramática de 'n Bartomeu Mates*.

A. P. GRAZALEMA

La dignidad ofendida



—¿Es usted un borrico! No sabe usted una palabra de aritmética. Juanito, que es hombre de carácter, se traga el insulto sin llorar.



Juanito logra que su papá le lleve al Circo Ecuestre, á pesar del suspenso recibido aquella mañana.



El clown Binton, con su perro matemático:—Diganos en qué año estamos, señor Turco.
—En el 1905,—señala el perro. Juanito se pone nervioso.



El papá.—¿No te avergüenza que un perro sepa más aritmética que tú? Juanito se agita en el asiento y muerde el puño de su bastón.



El clown al público:—Si alguno de ustedes desea hacer alguna pregunta al perro sabio...



Juanito, en un arranque homérico y gritando:
—¿Sí, señor! ¿Que nos diga los nombres de los reyes de España!

El juego de la gramática

Fuga de consonantes

a. a. i. o. ue. i. e. e.
 e. a. a. e. i. a. ó.
 i. e. á. a. e. ue. E. i. ue. a.
 o. e. u. o. a. e. ió.

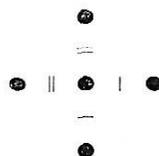
Jeroglífico



Charada

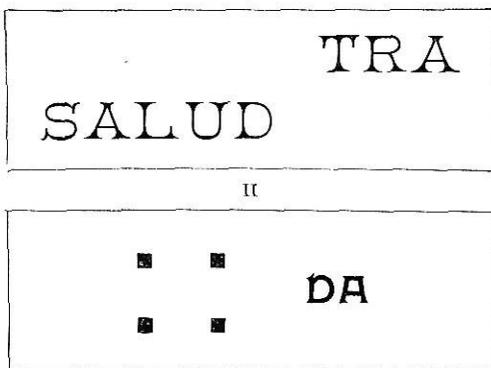
Juntas *un-cuatro* y *tres-cuarta*
 de *primera-dos* vestidas,
 iban con *todo* reunidas
 á oír misa en Santa Marta.
 La *dos-tres-cuarta* al cruzar
 de la puerta de un cuartel,
 dijo un quinto, feo él:
 —¡Qué trapío! ¡Esto es la mar!
 —¡Prima?—dijo armando gresca
 todo.—¡Conforme y según!
 —¿Van de pesca?
 —Sí, ¡de atún!
 y ya *escomenzó* la pesca.

Adjetivo en cruz

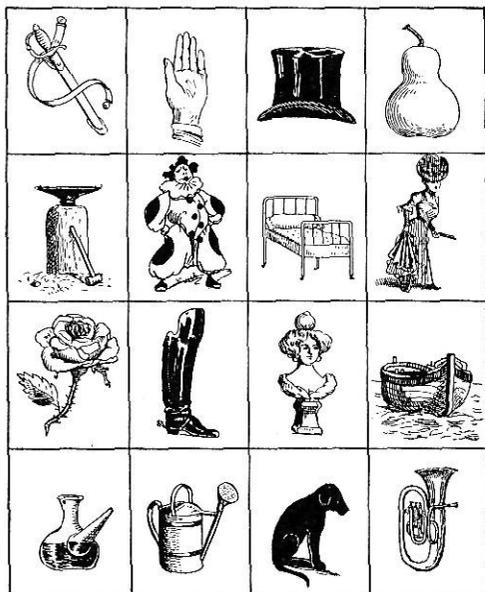


Suplir los ● por vocales y los — por consonantes.

Jeroglíficos comprimidos



CONCURSO CON PREMIOS — LITERATURA. - PIES FORZADOS



Escribir un cuento sucedido, poesía ó gacetilla, ilustrado con las 16 figuras del cuadro adjunto, desarrollando el asunto de tal manera que encajen lógicamente y naturalmente en él los 16 dibujos, que se recortarán y colocarán en el lugar que les corresponda en el texto, pudiendo respetar el orden en que están colocados ó barajarlos á voluntad.

Rogamos á nuestros jóvenes lectores que se fijen en que *no se trata de expresar una palabra ó un concepto por medio de una figura, sino intercalartas en el texto como expresión gráfica de lo que se dice.*

Se adjudicarán 50 premios á las 50 primeras y más perfectas soluciones, para lo cual se numerarán correlativamente. Para remitirlas, pónganse las cuartillas de original en un sobre, escribese en éste, después de la dirección de *JUVENTUD ILUSTRADA*, y en letra bien visible, *Originales para la imprenta*, y franquéenlo (los de provincias) con un sello de un cuarto de céntimo.

Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 16 de diciembre en nuestras oficinas: Rosellón, 208.

Los autores de soluciones que hayan obtenido premio recibirán los objetos por medio de nuestros corresponsales ó directamente, y publicaremos sus nombres.

Los 50 premios que se adjudican consisten en:

- 1.º Una hermosa máquina fotográfica instantánea.
- 2.º Un precioso álbum para tarjetas postales.
- 24 dijes modernistas, porta-retratos.
- 24 elegantes tarjeteros de piel.

NO SE PAGAN MÁS ORIGINALES ARTÍSTICOS Y LITERARIOS QUE LOS QUE SE ENCARGUEN, AUN CUANDO SE PUBLIQUEN

EL domingo 28 de Octubre del año 1492, las naves de Colón arribaron por vez primera á las floridas y risueñas playas de una tierra desconocida hasta entonces, que, por su aspecto, semejaba un inmenso jardín surgiendo de entre las azuladas olas. Aquella tierra era Cuba.

Colón tomó posesión de ella en nombre de la Virgen y de los Reyes Católicos, y le puso por nombre *Juana*, en honor del infante don Juan. Después, y por distintas causas, se la ha llamado *Fernandina*, *Santiago*, *San Salvador* ó *isla del Ave-María*.

Se halla situada entre los meridianos 74 y 85°, al Oeste de Greenwich, y entre las paralelas 19° 40' y 23° 33'. Su longitud es de 730 millas; su ancho cambia considerablemente, variando desde 100 millas hasta 25; y su área, incluyendo la isla de Pinos y los cayos que la rodean, puede calcularse en unas 43.000 millas cuadradas.

Efecto de su origen y formación, el terreno de la isla es por demás accidentado, siendo sus cordilleras principales la de los Órganos, la de Sierra Maestre y Sierra del Cobre. Son notables, además, las colinas del Potrerillo, Escaleras de Jarneo y Sancti-Spiritus.

Los ríos de Cuba suman el considerable número de 148, algunos de ellos navegables en parte más ó menos extensa de su curso, siendo los principales el *Cauto* y el de *Sagua la Grande*.

La riqueza mineral de Cuba, poco desarrollada, es insignificante, limitándose casi á las minas de hierro en explotación en la base de la Sierra Maestre. En cambio, la fauna y la flora son de una riqueza extraordinaria, debido en gran parte al clima cálido, de una alta temperatura media con pocos grados extremos y mucha humedad, efecto de las abundantes lluvias.

El mamífero más característico de Cuba es la jutía ó hutia, semejante al ratón en apariencia. Casi todos los cuadrúpedos, como el venado, el jabalí, el caballo, el buey, etc., han sido importados, muchos de ellos por los españoles, aclimatándose con relativa facilidad. Se da el caso, verdaderamente raro, de que el conejo casero existe en abundancia, y en cambio el silvestre no se ha podido aclimatar. Tampoco se ha aclimatado el camello, por impedirlo la *nigua*, especie de pulga muy pequeña que se mete entre las uñas de los pies y de las manos. Pero en lo que la fauna de la isla es verdaderamente notable es en los pájaros, de los cuales cuenta con más de doscientas especies nativas, siendo de citar el sincoate por su canto melodioso; el sunsunes, que, por la hermosura de su plumaje, parece un ramo de flores, y el carpiñero, que para trepar por los árboles se apoya en la cola. Hay caimanes y cocodrilos en los puntos solitarios de la isla y en las desembocaduras de los ríos; serpientes, como el majá, de seis metros de largo, inofensiva, y el juba, más pequeña, pero más dañina; variedad de tortugas, entre las que se distingue la llamada carey, que produce una concha de gran valor comercial por su transparencia; variedad de siúrrios, insectos curiosos, y, entre estos últimos, una mariposa nocturna muy hermosa, llamada falerna, cuyo influjo es tenido por maléfico.

La flora es aún mucho más notable. Los bosques son de una exuberancia tal, que sólo pueden atravesarse con la ayuda del machete, abundando en ellos la caoba, el ébano, el cedro, el roble, la ceiba, el pino, y sobre todo la palma, de la cual hay más de treinta clases, destacándose entre todas la palma real, que es la más valiosa y útil para los cubanos pobres, pues con sus troncos construyen las paredes y con sus hojas las techumbres de sus primitivas viviendas.

Siendo su riqueza esencialmente agrícola, cultivánese con preferencia en Cuba el azúcar, el tabaco, el café, el cacao y las frutas, existiendo cerca de cien mil (90.960) ingenios, fincas y huertas, que representan un valor de más mil millones de pesetas.

Según el último censo oficial, la población total de Cuba asciende á 1.572,797 habitantes, de los cuales 1.057,354 son de raza blanca, y 505,443 de raza de color.

Para los fines administrativos, Cuba está dividida en seis provincias, que, de Oeste á Este, son: Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba.

Para terminar estos incompletos apuntes, pues la índole de este trabajo no permite otra cosa, resta confesar á fuer de imparciales, aunque la confesión sea dolorosa, que desde su independencia, y al amparo de la paz, Cuba ha entrado en nuevas vías de prosperidad, de lo cual España, como madre cariñosa, es y será siempre la primera en alegrarse.



TOMÁS ESTRADA PALMA
Presidente de la República

